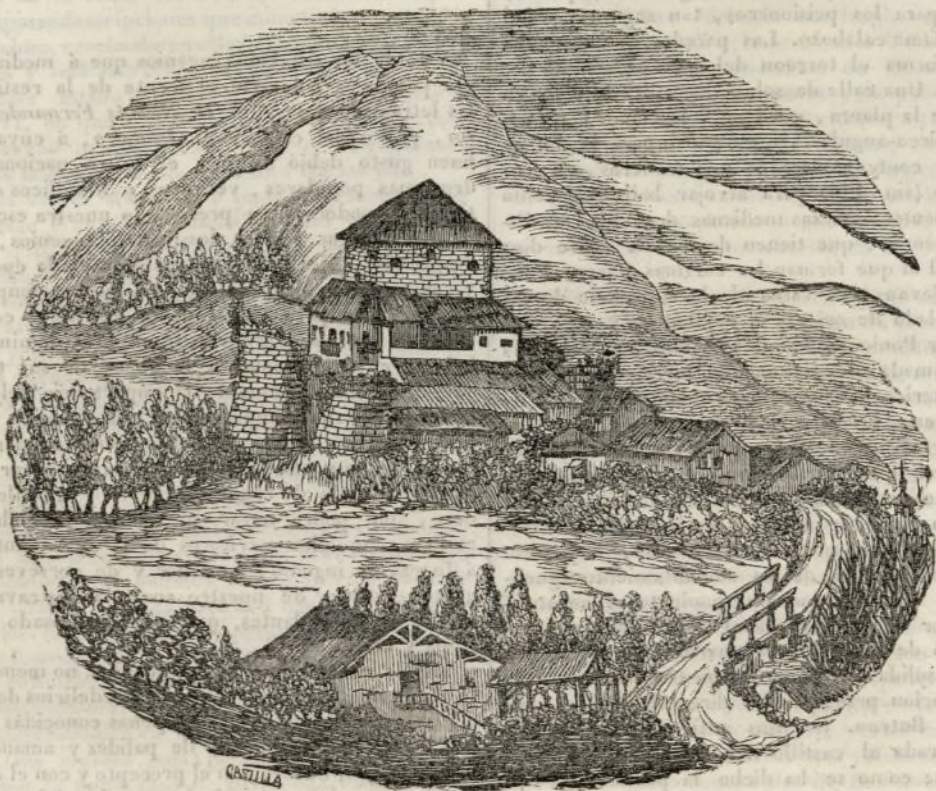


ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE BUTRON.

ENTRE los monumentos antiguos que existen en Vizcaya del tiempo del feudalismo, el castillo de Butron será acaso el mejor conservado. Esta torre-fortaleza, que según el orden de su arquitectura parece ser del siglo X, ó XI, fué edificada por la antiquísima y distinguida familia de Gonzalo Gomez de Butron, habiendo derribado la primitiva del mismo nombre que sobre el peñasal llamado *Ganzorris*, poco distante de la actual, edificaron los fundadores en el siglo VIII, como afirman los autores de antigüedades.

Al ejecutar el actual fuerte con tan formidables murallas y torreones, no pudo haber otro fin que el de preparar un punto inexpugnable de defensa para las guerras de partido, en que por mucho tiempo fué envuelto el país. La casa de Butron era gefe y cabeza del bando *Oñacino* y la de Avendaño del *Gamboino*. A cada una de estas dos parcialidades se aliaban los otros magnates del partido, que también eran dueños de casas-torres fuertes, reuniendo las gentes de sus divisas á la de

AÑO VII.

la cabeza de su bando. Acostumbrados á la guerra con los moros, á la que acudían con sus gentes ya unidos al señor de Vizcaya, ya al servicio de los reyes de Castilla, se hallaban mal avenidos con el ocio que prestaban las treguas en aquellas lides, y por causas de poco momento emprendían querellas entre sí declarándose émulo encarnizados, dándose continuas batallas, y saqueando y talando sus propiedades. A proporción que fué terminándose la guerra contra los moros, se fueron templando las costumbres, y estos desórdenes tuvieron fin en tiempo de los reyes católicos, que bajaron en persona para apaciguarlos.

Los poseedores de dicha torre habitaron en Vizcaya hasta mediados del siglo XVI, en que pasó á títulos y grandes de España de Castilla, con quienes se habían enlazado anteriormente, y desde entonces fue habitado generalmente por los arrendatarios de laserrerías que en aquel mismo punto les pertenece; y si bien existe un monumento del antiguo, no ha habido un esmero

4 de setiembre de 1842.

en conservarle como un objeto precioso, que tan poco llama la atención por estar en uno de los puntos mas escondidos de Vizcaya.

Consta la torre-palacio de un cuerpo cuadrado de piedra sillar, que se eleva en un sólido hasta cierta altura; luego en cincuenta pies de fachada sigue á plomo hasta rematar en el tejado á cuatro aguas en la elevación proporcionada á la planta; esto forma lo que antiguamente fue el edificio principal, ó habitación de los señores que la fundaron. Bajo de él se encuentra un lóbrego subterráneo de muy escasa ó ninguna luz, que sirvió de cárcel para los prisioneros, tan segura y fatal como el mas infame calabozo. Las paredes que sostienen esta mole, y forma el torreón del centro, son de un grueso terrible. Una calle de sobre doce pies de claro en lo mas bajo de la planta, conduce á los cuatro robustos torreones circo-angulares que servían para la defensa del castillo, conteniendo cada uno troneras, en varias direcciones (sin dada para arrojar ballestas) como las correspondientes á piezas medianas de artillería. Estos cuatro torreones, que tienen de espesor sobre diez y seis pies igual al que forman las cortinas ó frentes exteriores, se elevan tres varas de la superficie de las calles los del lado de oriente y mediodía, y algo mas los del Norte y Poniente. Como está situado á la falda de la colina llamada Mendichu y en terreno pendiente, la elevación exterior se aumenta á medida de la declinación del terreno. En otro tiempo se dijo con verdad que era baluarte inexpugnable; pues las armas y elementos guerreros que entonces se conocían no podían causar efecto en su robustas murallas; y á no ser por la circunstancia de estar edificada en una ondonada dominada de cerca por superiores montañas, hoy sería un punto seguro á pesar de los adelantamientos guerreros. Sobre la calle que mira al poniente se construyó, al parecer con posterioridad á la torre, un torreón que sirvió de cuartel á la guarnición, al cual se sube por una sólida escalera de piedra labrada; hoy forma la habitación principal del director de la Ferrería titulada de Butron. Las dos antiguas puertas que servían de entrada al castillo debieron ser de hierro. A pesar de que como se ha dicho la posesión es dominada por mas elevadas montañas, forma el palacio la corona del barrio sobre el cual se señorea, y como sus contornos estan plantados de frutales y toda clase de árboles, y circundado por el hermoso rio que bajando de la parte de Munguia, y formando infinidad de revueltas, viene á cercarlo por tres costados para dirigirse al puerto de Plencia, es un punto animado y pintoresco. Una manzana de casas que forman el camino desde la ferrería nueva pasando el puentecillo llamado de la Magdalena, inmediato á la ermita de este nombre, y otros varios agregados indispensables á las necesidades y usos de estos tiempos, lo han sacado del respectable aislamiento primitivo; pero contribuye hoy á hacer mas ameno y habitable el desierto punto de Butron.

LORENZO FRANCISCO DE MOÑIZ.

BIOCRAFIA ESPAÑOLA.

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Uno de los señalados ingenios que á mediados del siglo pasado se colocaron al frente de la restauración de las letras españolas, fue *D. Nicolás Fernandez de Moratin*, padre del célebre *D. Leandro*, á cuya filosofía y buen gusto debió despues el teatro nacional los cuadros mas populares, verídicos y filosóficos que en los tiempos modernos ha presentado nuestra escena.

Para juzgar á estos dos ilustres ingenios, es preciso desprenderse de las preocupaciones de la época actual, y renunciar á medirlos con el mismo compas de que hacemos uso para juzgar á los escritores contemporáneos; es preciso sobreponerse al gusto dominante, trasladarse en imaginación á la época de sus triunfos, y considerar filosóficamente la importancia del objeto, y la forma de sus composiciones con relacion al siglo en que les tocó figurar. Echada concienzudamente esta ojeada retrospectiva, no dudamos asegurar que todo hombre dotado de regular criterio y de talento verdadero, no podrá negar el tributo de alabanza y de respeto á aquellos escritores de la época anterior, que á fuerza de ingenio, de saber y de perseverancia, lograron estirpar de nuestro suelo las extravagantes demasías de los pedantes, que habian eclipsado la fama de Lope y Calderon.

Hoy, que por espíritu de reaccion, no menos ridicula, se afecta desdeñar todo lo que no sea delirios del genio, las obras de los Moratines no son apenas conocidas por los que mas les critican, tachando de palidez y amaneramiento á hombres que, no solo con el precepto y con el ejemplo supieron hacer la guerra á la depravación del gusto literario de su época, sino que acertaron (especialmente el hijo) á pintar con tan fuertes colores los vicios dominantes en ellas, la hipocresía, la tiranía paternal, el pedantismo y la ignorancia, que á riesgo de sus propias personas, si bien con eterna gloria de su nombre, consiguieron modificarla, hasta el punto de que hoy nos parezcan tan inverosímiles como los libros de caballerías despues de Cervantes. Despues de este indispensable exordio, vengamos pues á nuestro propósito.

Poco interesante es la biografía de *D. Nicolás Fernandez de Moratin* como hombre público; pues la medianía de su condicion, y la tranquila época en que le tocó vivir, no dieron lugar á esas trágicas peripecias de que está hoy sembrada la existencia de todo hombre distinguido; y bastará decir que no fue perseguido ni encarcelado, que no emigró jamás de su país, ni conspiró contra él, ni llegó á ser ministro, ni tribuno, ni periodista político, para echar de ver que las habemos con una de esas existencias clásicas y llenas de celeste beatitud que tan raras son en el dia, como poco propias á escitar el interés.

Nacido en Madrid en 1737, procedente de una familia noble de Asturias, hijo del gefe de guarda-joyas de la reina Doña Isabel Farnesio, siguió á esta con la comitiva real á su retiro de S. Ildefonso y Rio-frio des-

pues de la muerte de su esposo Felipe V. Allí recibió Moratín su primera instrucción, y queriendo su padre que siguiera la carrera del foro, le envió para ello a Calatayud y después a Valladolid, hasta que graduado en leyes, regresó a S. Ildefonso, y contrajo matrimonio con Doña Isidora Cobo-Conde, siendo nombrado por la reina, que apreciaba mucho a toda la familia, ayuda de guarda-joyas.

La amenidad del ingenio de Moratín, su despejo juvenil, y su poética inspiración, embellecían aquel austero retiro de la reina viuda, con narraciones animadas, y pomposas descripciones que entretenían agradablemente su ánimo, creciendo en ella la benevolencia hacia el joven poeta y leal servidor que sabía templar su melancolía. Este estado de retiro cesó a la muerte de Fernando VI, en que después de doce años, regresó a Madrid la reina madre, con el carácter de gobernadora mientras la llegada del su otro hijo Carlos III.

Con ella volvió Moratín, y pudo muy luego ponerse en relación y cultivar la amistad de los mas célebres literatos y artistas de aquella época, los Montiano, Flores, Velazquez, Iriarte, Castro y Luzán; y reunido con ellos, emprendieron ardientemente la restauración de las letras, en los términos que creían análogos al buen gusto y sentido racional, apoyados por la sana crítica y una profunda erudición. La protección que el gran Carlos III dispensaba a los hombres estudiosos, la consideración y el decoro con que sabía distinguirlos, contribuyó en gran manera al brillo de su época, y Moratín por su parte no cesó de trabajar un punto para hacerse digno de aquel favor.

Los grandes señores, siguiendo el ejemplo del rey, procuraban buscar y honrar en sus casas a los ingenios aventajados, poniéndolos en disposición de hacer brillar los talentos ante la sociedad mas escogida e influyente; los embajadores, los prelados, los magistrados, los cortesanos, todas las notabilidades del reino, se disputaban entonces el honor (que a tal lo tenían) de dispensar sus delicados favores a los literatos y artistas célebres, empleándolos en sus casas, encargándoles sus bibliotecas, sus museos, sus palacios, y tomando bajo su protección la publicidad de sus producciones. Entre los que mas distinguieron a Moratín fueron los infantes Don Luis y D. Gabriel, el conde de Aranda, el de Campomanes, los embajadores de Venecia y de Francia, los duques de Medinaceli, y de Arcos, el ministro Llaguno y otros muchos personajes, que creían justamente añadir a sus timbres el de protectores de las ciencias y las letras.

Sin embargo, poco aprovechó Moratín de este marcado favor, pues limitado en sus deseos, bastaba a contentarlos el producto de su profesión de la abogacía, y algun ligero sueldo de la casa real que disfrutaba; por lo que nunca quiso usar del favor que seguramente hubiera hallado. Contento con su dorada medianía y su independencia, vivía retirado gran parte del año en su casa de campo de Pastrana, o en la de la calle de la Puebla en Madrid número 30, y en todas partes se ocupaba incesantemente en contribuir con sus obras en prosa y verso, a la regeneración que él y sus amigos se creían llamados a cumplir.

Reuníanse frecuentemente Moratín, Ayala, Cerdá, Ríos, Cadahalso, Pineda, Ortega, Muñoz, Iriarte, Guevara, y los italianos Pizzi, Signorelli, Conti, Bernascone, y otros muchos, en la fonda de S. Sebastian; para lo cual tenían alquilada una sala en que celebrar sus reuniones, en las que por único estatuto solo era permitido hablar de teatros, de toros, de amores, y

de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, la poética de Boileau, las odas de Rousseau, las canciones de Frugoni, Filicaya, Chiabrera, Petrarca, Ariosto y Tasso. Cadahalso leyó sus *Cartas Marruccas*, Ayala las vidas de los célebres españoles, y sus tragedias de *Numancia* y *Abdis*, Sedano, su *Paraiso español*, y Iriarte su *Poema de la música*. Allí se discutía sobre las diversas escuelas literarias, se analizaban las obras nuevas españolas y extranjeras; allí aprendían a conocer y apreciar aquellas los italianos Conti y Signorelli; allí Moratín sostenía el decoro de la musa española, luciendo sus inspiraciones en competencia con el célebre improvisador Tallasi.

La infatigable laboriosidad de Moratín le permitía no solo estos ejercicios amenos y la publicación de muchas de sus obras en un periódico titulado *El poeta*, sino que era generalmente buscado como abogado, y desempeñaba tambien la cátedra de poética de S. Isidro, y muchas comisiones de la sociedad Económica Madrileña, ocupaciones en que continuó infatigable hasta su temprana muerte acaecida en 1780 a la edad de 42 años.

Sus diversas obras merecen aun el estudio de los inteligentes, los cuales no dejarán de reconocer las grandes cualidades de que se hallaba dotado. En sus discursos críticos pueden hallarse sin duda errores de escuela; pero habrá de alabarse la conciencia del convencimiento y el ingenio en defenderle. Sus composiciones dramáticas, si hoy aparecen lánguidas y amaneradas, no pueden de ninguna manera ni en ningún tiempo ser despreciadas por necias; y cuando no otra cosa, no podrá negarse a la comedia *La Píctima* y a sus tragedias *Hermesinda* y *Guzmán* el privilegio de ser las primeras que se acercaron a imitar entre nosotros el gusto llamado clásico francés.

Las composiciones líricas merecen aun hoy mayor atención. A una lozanía de imaginación verdaderamente poética, a una originalidad toda española, reúne Moratín generalmente un gusto exquisito en las imágenes, una pureza esmerada en la dición, y sabe remontarse a veces a la altura de nuestros mas célebres poetas; véanse sino su famoso canto épico de *Las naves de Cortés*, la oda a *Pedro Romero*, y las admirables quintillas que empiezan:

«Madrid, castillo famoso
que al rey moro vivió el miedo, etc.»

tan repetidas y dignas de serlo por todo el que busque aun en nuestra poesía esa gala oriental, ese brillo de las imágenes y riqueza del colorido que distingue a la lira española entre las demas de Europa.

Las obras poéticas de D. Nicolás de Moratín contribuyeron, pues, poderosamente a desarraigar las malas semillas, con que la rastrera medianía y el pedantismo escolástico habian cubierto el campo de nuestra literatura a principios del siglo anterior; a él mas que a otro alguno se debió el principio de la regeneración del teatro, avasallado por las horribles composiciones de los copleros que habian arrinconado a Lope y Moreto, y si bien prescindió demasiado de imitar lo bueno de los antiguos, no puede negarse a sus dramas una intención filosófica y cierta belleza poética, aunque limitada en estrecho círculo por las reglas de convención. Por último, como hombre erudito, como cantor entusiasta de las glorias del país, como autor y maestro del primero de nuestros dramáticos modernos, el recuerdo de

Fluminis Thermociaci (1) será siempre grato á los amantes de las letras españolas. Sin embargo la gloria del nombre de *Moratin* todavía subió mayor á altura; la mejor de las obras de D. Nicolás fue... su hijo D. Leandro.

M.



(Don Nicolás de Moratín.)

NOTA. Como objeto de suma curiosidad por su contenido, y apreciable por la rareza, insertamos á continuación la última composición de D. Nicolás de Moratín, leída por él mismo en la distribución de los premios de las alumnas de las escuelas patrióticas, verificada en 24 de diciembre de 1779 en presencia de las autoridades de Madrid. Esta composición (que no está inserta en la colección de poesías de este autor) es notable, mas que por su escaso mérito poético, por la circunstancia de reunir en ella muchas noticias eruditas acerca del origen de los barrios y calles de Madrid, á las cuales se han añadido por un curioso algunas notas para su mejor inteligencia, y creemos que bajo este único aspecto merecerá el aprecio de nuestros lectores. Dice así:

ELEGIA.

HABEIS YA, padres de la patria, dado
El premio justo, el galardón debido,
Que la virtud y el mérito han ganado?
¿Habeis ya con preseas distinguido,
Y con preciosos dones este coro
De vírgenes hermosas escogido?
¿Habéisle honrado con gritar sonoro,
Venciendo sus elogios las arenas
Del mar que baña desde el indio al moro?
¿Están de joyas y de gozo llenas,
Como en Elis los fuertes luchadores
De las pithias y olímpicas faenas?
¿Confiesa el mundo ya con mil loores
Como el brazo español sabe igualmente
Rendir monarcas, que ejercer primores?
Pues si nadie verdad tan evidente
Hoy ya disputa, ¡oh sacra poesía!
Baja del cielo á iluminar mi mente.
Baja, y dame tu voz, que este es mi día,

(1) Con este nombre era conocido Moratín entre los Arcades de Roma, así como su hijo con el de *Inarco Celenio*.

Y si yo no levanto á las estrellas
A ese hermoso escuadrón, lo estrañaría.
Mi verso aspira á celestial por ellas,
Por ellas soy en Maredit (1) nombrado
«El honesto cantor de las doncellas.»
Y pues yo faltó solo, y escuchado
Soy, gremio escelso, y el oído inclinas
Al eco que otra vez has celebrado,
Repito sus virtudes peregrinas,
Como cuando á la citara española
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.
Y porque no lo goces, Madrid, sola,
Y vuela su virtud por dó triunfante
El pavellón de CARLOS se tremola,
La amiga musa en patrio verso cante,
A despecho de espíritus malignos,
Y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos, que vertió benignos
Sesgó el Zodiaco iluminando Febo
Las doce casas de los doce signos:
Después que á impulsos del honroso cebo
De mano femenil vimos primores,
Que estimularon á trabajo nuevo.
Cuando la fama en ecos voladores
A nuevo empeño á la palestra llama
Al virgineo escuadrón, y sus labores.
Las niñas españolas, que la fama
A ejemplo de sus padres apetece,
Arden en fiel pundonorosa llama.
De Minerva al estrépito se ofrecen:
Alzó la frente el patrio Manzanares,
A quien lirios entre álamos guardecen,
Y vió, no sin asombros singulares,
En sus hijas la célica hermosura,
Con quien no es justo, ¡oh Venus! te compares.
Vió la gala, el donaire y compostura,
La gracia inimitable que enamora,
Y alma mas que de humana criatura;
La pompa y garbo, y la invención señora;
El modo, el atractivo, y cuanto encierra
La extrema perfección encantadora.
No creeré que eran ninfas de otra tierra
Las que hicieron los dioses animales,
Y á las diosas con zelos cruda guerra;
Sino nacidas junto á los umbrales
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita
Con pozos de agua dulce, y pedernales (2).
Donde reina el esmero y esquisita
Discreción, y lindeza cortesana
Con fuerza que arrebató, y precipita.
No hechizos dieron en la edad anciana
Las de Tiro y Sidon mas halagüeños,
Ni hoy belleza de Persia ó Georgiana.
Si esto juzgais de la pasión empeños,
Confesadlo, extranjeros, abrasados
Al volcán de los ojos madrileños.
Mas tales dotes, aunque no negados,
No admiran tanto al Carpentano río
Como el verlos tan bien aprovechados;
Pues sin virtud es todo desvario:
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo,
En los mortales con influjo pio?
La virtud, el trabajo y patrio zelo
Movieron á las niñas inocentes
A la contienda, y laborioso duelo.
Vinieron de los barrios diferentes
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
Reina augusta y señora de las gentes.
Vinieron con semblantes pudibundos
Las que habitan al austro, donde (3) lava
Los pies el agua de árboles fecundos.
Ninguna de estas fué del ocio esclava,
Y antes que suba á la piadosa escuela,
Diestra en tejer cordones, los acaba.

(1) Maredit, Magerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey D. Juan el primero cedió esta villa al rey Don Leon de Armenia, año de 1383.

(3) Barrio de Lavapiés.

Ni las que miran *de justar la tela* (1)
 Faltan, ni las que estan hacia los juegos (2)
 De Rufina y campillo de Manuela. (3)
 Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
 Y la calle (4) á quien dieron nombradía,
 Perdida *Rodas*, fugitivos griegos.
 Las que el cristal del Ave de María (5)
 Beben muy puro en misteriosa (6) fuente,
 Las de la nueva y vieja *Morería*.
 También vosotras, que el salitre (7) ardiente
 Veis destilar en el reciente hornillo,
 Y los baños de fábrica reciente. (8)
 De la Huerta del Bayo, (9) y del Cerrillo (10)
 Vienen, y del Corral de las naranjas, (11)
 Y del moro Alamin (12), y hoy Alamillo.
 Estas saben tejer flecos y franjas,
 Obra morisca, y saben que el juzgado
 Suo allí estuvo entre el arroyo y zanja.
 Tú, labrador (13) divino, que has sacado
 De la Almudena el agua á maravilla,
 Como el trigo en su cubo reservado,
 Enviaste de tu calle y la Vistilla
 Niñas honestas en virtud iguales.
 Y de los torrejones (14) de la villa.
 Ni holgaron con el fresco en sus portales
 Las que de San Cebrian la antigua ermita (15)
 Buscan en torno, y no hallan las señales.
 Ni del ciego Alcorán ven la mezquita (16),
 Que ya el apostol príncipe mejora,
 Ni del Maese Hazán la obra esquisita (17).
 También llegaron á la primer hora
 Las del cerrillo de la Cruz (18), que atruena
 Con ridícula farsa, que desdora.
 Y de la plazuela donde suena
 Solo el nombre del Angel (19), que es segura
 Menos que aire la fábrica no buena.
 Las de la fuente que condujo el cura
 De Colmenar (20), se ofrecen placenteras,
 Y de la calle (21), que por tesón dura.
 Y de la de las Conchas (22) ó Veneras
 Con su casa hospital de peregrinos (23),
 Pues no hay vagas hipócritas romeras.
 El profundo arenal (24), que dió caminos
 Al agua, y dió llanura que no había,

(1) Fuera de la puerta de Segovia á la derecha.
 (2) Junto á las monjas trinitarias.
 (3) En el estaba el famoso ventorrillo de Manuela á donde
 acudían á comer, beber y solazarse á fines del siglo XVII.
 (4) Calle de Rodas.
 (5) Este nombre se dió á la calle y fuente por el beato Si-
 mon de Rojas, que expulsó de allí á las prostitutas que habita-
 ban aquel barrio, y por eso se llama de S. Simon la calieja
 que está frente á la fuente.
 (6) Fuente de Ave Maria.
 (7) Nueva Fábrica de Salitre junto al Portillo de Valencia.
 (8) Baños de Berete.
 (9) Del Clérigo D. Francisco del Bayo junto al sitio que ocupa
 ahora el *Casino de la Reina*.
 (10) Del Rastro junto á la fuente del matadero.
 (11) Junto á la cuesta de los Ciegos, en las Vistillas.
 (12) Allí estuvo el Alamin, ó Tribunal de Moros.
 (13) San Isidro.
 (14) Junto á San Francisco.
 (15) Entre S. Sebastian y Santa Cruz hacia frente de la Trinidad.
 (16) Hoy Parroquia de S. Pedro.
 (17) El hospital de la Latina; solo se conserva una escalera,
 y la puerta de este Arquitecto moro.
 (18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre al
 Corral, hoy teatro.
 (19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.
 (20) Fuente del Cura.
 (21) Calle de *Aunque os pese, En hora mala vayas, y Sal si
 puedes* por las disputas que hubo sobre vender el terreno.
 (22) Casa de las Conchas, que fué Hospital de Peregrinos.
 (23) De ahí la denominación de la calle por dirigirse á dicho
 hospital.
 (24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontaron de
 la de Jacometrezo y otras.

Tragando en sí los cerros convecinos,
 Es ya calle que niñas mil envía,
 Y es casa (4) de doncellas laboriosas
 La que lo fué de mil mancebería.
 Dos calles remitieron presurosas
 De sus Pueblas las castas inocencias (2),
 Y tres (3) Cavas sus hijas oficiosas.
 Y el pretil, y escarpadas eminencias
 Del Castillo (4) y Estudio, porque el moro
 Te llamó, ó Maredit, madre de ciencias,
 Presentaron sus niñas con decoro,
 Que se admiran de oír en su barriada
 Como retumba el cóncavo sonoro.
 Y es que allí la alcazaba torreada
 Un tiempo fué del moro, y el cristiano
 Con minas (5), silos, cuebas, y escapada,
 Que duran á pesar del tiempo cano,
 Y cuatro torres (6) en la casa antigua,
 Obra real á estilo castellano.
 Moslema (7) tuvo habitación contigua,
 Sabio astrólogo moro, en Magerito,
 Que los hados futuros averigua.
 Entre cercas de fuego en tal distrito
 Al rey (8) hallaron los embajadores
 Sobre un leon con ánimo inaudito.
 Y por el aire, y situación mejores
 Luego en la torre (9) de Hércules, robusto
 Palacio deja que el dragon explore. (10)
 Y Carlos Quinto, emperador augusto,
 La dió su nombre, y el que vive, y viva
 Desde ella manda con imperio justo.
 Decidiendo con rayo, ó con oliva
 De la suerte del orbe, y los mortales
 Al universo que en su apoyo estriba.
 Las que junto á las termas minerales, (11)
 Que tuvo Magarit antiguamente
 Con pilas de fogosos pedernales
 Viven, dejaron el metal luciente,
 Oh calle (12) rica, que del Trasmierano
 Herrera ves la segoviana Puente.
 Y vinieron también del Altozano,
 Que fué campo del rey, hoy su Armeria (13)
 Y del Porton de Balnadú (14) africano.
 No las detuvo la alta valentia
 Del gran palacio, ni la nueva (15) puerta
 De Castilla, sus fuentes, y ancha via.
 Ni el justo elogio dejará encubierta
 La virtud de vosotras, que habitando
 Junto al (16) pozacho, trabajais alerta;
 Ni la que ve que ya no estan manando
 Los caños del Peral, antiguamente
 De Peraulo, queda en ocio blando.
 O las que labran junto la eminente
 Atalaya deshecha, que á su calle

- (1) La mancebia estaba en la de la Duda frente á las Covachuelas.
 (2) Calles de la Puebla nueva y vieja. Las pueblas fueron he-
 chas por D. Joaquin de Peralta.
 (3) Alta, baja, y de S. Miguel.
 (4) Donde vivió el Marques de Tolosa, Plazuela de Reveque,
 y Parroquia de S. Nicolás.
 (5) Hay allí profundas minas y escapas.
 (6) Distintivo de casa Real.
 (7) Moslema, natural de Madrid en tiempo de Moros. *Biblioth.
 Arab. Hisp.*
 (8) Don Juan el segundo, como lo dice Juan de Mena.
 (9) La torre de Hércules, que luego se llamó de Carlos Quin-
 to, es la que había en el parque en Palacio.
 (10) Armas antiguas en Madrid.
 (11) Debajo de donde hoy es casa de los Consejos estaban los
 baños de Madrid en la calle de Segovia mas abajo de la parroquia
 de S. Pedro.
 (12) Calle de Segovia, y casas de Moneda.
 (13) Allí estuvo el santuario de nuestra señora de la Caridad que
 despues se unió á la cofradia de la Paz.
 (14) Puerta de Balnadú estaba junto á la antigua calle del Tesoro.
 (15) Obras suntuosas del rey Carlos III, puerta de S. Vicente
 y camino de la Florida.
 (16) Estaba á la calle de los Tintes.

Nombran de Espejo (1) equivocadamente.

Ni á las que aparta el legamoso valle

De Leganitos con su alcantarilla (2)

Ya llana, teman que mi verso calle.

¡Oh monte espeso de la ursaria villa,
Quinta del rey D. Pedro, donde (3) yace
La luz del candelero de Sevilla;!

Tu gran barriada, que añadir le place

Al segundo Filipo en anchuras

Calles que forma, y mil cruceros hace,

Envío niñas honestas, y hacendosas,

Que hácia el ártico Polo estan mirando

Al dragon enroscado (4) entre las osas.

Ni dejarán mis versos de ir loando

Las que hechas las hazañas de su casa

De Maravillas (5) vienen en fiel bando.

Y del Barquillo, término (6) que pasa

De Vicálvaro al tuyo, que algun día,

¡O patria humilde! en tierra fuiste escasa.

Aguardad, que ya va la musa mia

A celebrar las de la Red (7), en donde

El ganado en un tiempo se vendia.

Ni en silencio pasarte corresponde

Gran (8) calle, anden de Olivo jebuséo,

Que hoy tanta regia máquina le esconde.

Tus hijas llegan con feliz desseo,

Que ven venir al sol del claro Oriente,

Las damas de los toros, y el paseo.

Ningun precepto hará que yo no cuente

A las que suben de la Redondilla (9),

De mil ninfas vergel antiguamente.

Porque en el tiempo que ensuncho la villa,

Y fundó el monasterio (10) edificado

Del rio al paso en la juncosa orilla:

El cuarto Enrique en el antiguo prado

Hizo ruar las damas muy galanas,

Y allí su caballero amartelado.

Ellos en potros, y ellas en lozanas

Mulas con sus gualdrapas, andariegas,

Y con sillas ginetas, y rudanas.

Mas aunque, ó tiempo! todo lo trasiegas,

No evitarás por mí ser alabadas

Las de otras calles, cuyo autor no niegas.

De Jácome de Trezo (11), y las barriadas

De Juanelo, del de Alba, del Bastero,

De las Urosas, y las Maldonadas.

Muchas vienen tambien del Mentidero (12),

De las Damas (13), plazuela de Moriana,

Heras de San Martin, que fue primero.

Los Fúcares de Génova (14), y la anciana

(1) *Speculum*, hoy del Espejo.

(2) Leganitos, Leganes, quiere decir huertas ó las huertas, de la palabra árabe *alghanet*, *alghanit*. De orden del Sr. D. Manuel Ventura Figueroa, gobernador del Consejo fue ejecutada esta obra.

(3) En el convento real de Santo Domingo.

(4) Constelaciones celestes.

(5) Barrios de Madrid.

(6) Fué jurisdiccion de Vicálvaro.

(7) Red de S. Luis. Se llamaban red los parages en que se vendian el pan y otros géneros, por estar dentro de rejías de hierro como en el peso Real: así se decía Red de las Pelas el despacho de ellas unto al Rastro.

(8) Calle de Alcala, antiguamente Olivares.

(9) Aquí ruaban en tiempo de Enrique IV, como ahora en el Prado.

(10) El Convento de San Gerónimo, que Fernando el Católico trasladó adonde hoy está.

(11) Calles de estos nombres. En la primera vivió el célebre Jacome-Trezo, diamantista de Felipe II; y el ingeniero Juanelo en la segunda.

(12) El Mentidero se llamaba una plazuela que habia con árboles en la que es ahora la entrada de la calle del Leon, entre esta y la de las Huertas.

(13) De las Damas y Primavera, que estaba junto al Campillo de Manuela á donde acudian á divertirse, como ahora en Chamberí.

(14) Los Fúcares fueron dos célebres hermanos contrafistas, en tiempos de Carlos II. Los francos formaban barriadas aparte en muchas ciudades de España, como Sevilla, Madrid, Valladolid, etc.

Permision de los Francos, y de Oriente

La Abada horrenda, á elefanta indiana:

Dan á sus calles nombre permanente,

Que hoy le afirman las niñas sus vecinas,

Con el de los Octoes (1) juntamente.

Y las que llenan alcarrazas finas

De agua en Puerta Cerrada, y de Toledo

En la calle, San Juan, y Cuatro Esquinas.

Suplid, señores, que olvidar no puedo

De Atocha la anchá estrada, y la pequeña

Calle del Niño, en que vivió Quevedo (2).

Ni la oculta plazuela, cuya leña (3)

Allí trajeron mil carreterías,

Como el nombre en la calle nos lo enseña,

Los comuneros, y turbados dias

Por aquí vieron de la villa el foso

Contra la rebelion, y tropelías.

Después siguiendo el tiempo belicoso

El gremio la ocupó de broqueleros (4),

Ya no usamos adorno tan honroso.

Las madres, que habitando en los cruceros,

De la Puerta del Sol ven el gentío,

Estruendo y confusion de forasteros,

No dejaron criar á su albedrio

Sus hijas, que en labores divertidas

Hoy de aspirar al premio tienen brio.

No sereis en mis versos omitidas

Las que de Santa Cruz en clara fuente

Lavais manos en lana entretenidas.

Hubo aquí gran laguna antiguamente

De Lujan, del vicario aquí la audiencia,

Hoy la torre soberbia, y emiente.

De el alto capitel, y la eminencia

Se ven llegar las niñas sin castigo,

Se admira sin los años la prudencia.

Desde el piadoso (5) albergue del mendigo

Al altillo de Losa (6), y hasta donde

Gil Imon de la (7) Mota abrió postigo,

Y en fin la muchedumbre que se esconde

En esta Regia Babilonia Hispana

Al superior influjo corresponde.

El blando lino, la preciosa lana,

Que al refino Melendez (8) fue tarea,

Y en Segovia amarró la flota indiana (9).

La hebra que al espadar mas hermosa

Dada al desgargar de los viciosos

Cañamares, que huelen á ajedrea,

Fueron los materiales: con ansiosos

Impulsos una, y otra lo arrebatá,

Pone el copo con actos bulliciosos.

La seña espera á su desseo grata,

Y en sendos tornos, que en la sala habia

El impetu de todas se desata.

Allí se ve el afán, y la porfia,

La noble emulacion, y volteando

Los rodetes sonar con armonia.

La mano, el pie, la vista, el dedo blanco,

El brazo, el pecho casto, y anhelante

Sin tregua, ni descanso trabajando.

Cual enjambre de abejas susurrante

La Abada era un animal monstruoso traído del Brasil por unos portugueses que la enseñaban en la calle á que dió nombre.

(1) San Miguel de los Octoes, ó ocho hermanos.

(2) Enfrente de la calle del Niño vivió Lope de Vega, y Cervantes en la esquina de la del Leon. Podiera haberse dado á esta el nombre de Cervantes, de Lope á la de Francos, y de Quevedo á la del Niño recordando así la memoria de los primeros ingenios españoles, que vivieron á distancia de muy pocos pasos.

(3) Plazuela de la Leña, y calle de Carretas.

(4) Los fabricantes de Broqueles vivian en la calle de las Carretas aun en tiempo de Carlos II.

(5) El Real Hospicio.

(6) Estaba fuera del Portillo ó Puerta de la Vega. Esta era en lo antiguo la de Segovia, y la llamada ahora de Segovia era la de la Vega por su salida á ella.

(7) Fiscal del Consejo, y después Presidente de Hacienda.

(8) Paño refino de Melendez, insigne fabricante antiguo de Segovia.

(9) La flota esperaba hasta que Segovia enviaba sus paños.

Que en la fuente (1) Locaya á las riberas
Del Arlas (2) liba el torongil fragante.

No hay doncella laconia á quien pudieras

Comparar su virtud, hilando lana,

Que en púrpura dos veces la tiñeras.

Así serian en la edad anciana
Del buen Gracian Ramirez ambas hijas (3).

Que amparó la de Atocha Soberana.

Ellas insisten al trabajo fijas

Con teson incansable porfiado,

Acusando las horas de prolijas.

Quien al brazo español ha sindicado

De lento, admire, y su opinion desmienta,

O á otra causa lo achaque, si ha acertado:

Que ya mi tropa femenil contenta

Dió fin á la carrera comenzada,

Y intrépida, aunque honesta, se presenta.

De amantes curadores escoltada

Viene con su labor por la corona

Tan dignamente en tal edad ganada.

De la ancha plaza el término abandona,

De Doña Nucla (4) el pozo atras dejando,

Que de Isidro los méritos pregonan.

El gremio virginal camina entrando

Ya por la puerta de Guadalajara

Por dó entró Alfonso (5) á hollar el moro bando.

No fue mayor la grita y algazara,

Cuando á su rey sirviendo generoso,

Entró á alzar el pendon en su Almenara.

Y á ser primer alcaide valeroso

Con Babieca, y tizona relumbante

Rodrigo de Vibar el victorioso (6).

La hermosura pueril sigue adelante,

La preciosa arte de la platería

La rinde al paso el oro, y el diamante.

Llegan al atrio, en que (7) se reunia

El reino en Cortes, y se amenazaba

Al bárbaro poder de Andalucía.

Torre (8) que vió la Magestad esclava

Dejan, ó patria! y suben al asiento

Donde el concurso amplísimo esperaba.

Osténtase el magnífico aposento

En el alcazar (9) de Madrid la Ursaria,

Que terrones de fuego es su cimiento (10).

La arquitectura, y compostura varia,

Y el real follage del dosel augusto

Del que es noche, y aurora tributaria,

Todo respira amor, respeto justo:

Aquí está el patriotismo entronizado

Sobre el ocio vilísimo, y adusto.

Aquí están las virtudes, el sagrado

Templo aquí tienen (y la envidia calle)

De próceres insignes frecuentado.

La musa el nombre en claro verso entalle

Del que dirige en la primera silla

Con guirnalda de lirios de su valle (11).

Del pretor justo de la imperial villa (12),

Del pontífice ilustre toledano (13),

Y el gran jurisconsulto de Castilla (14).

Todos admiran de la tierna mano

Primores increíbles, todos sienten

Que es corto premio aun el tesoro indiano.

Ellas que el ocio, y interés desmienten,

Solo de honor el noble pecho lleno,

Ni otra palabra articular consienten.

Aquí la aclamacion, roto ya el freno

Retumbó por las bóvedas zumbando,

Y el ruido estiende á imitacion del trueno.

Si es lícito decirlo, como cuando

Al prado baja la divina Lusa

Con las gracias en torno revolando;

Que el pueblo denso con amante prisa

Corre; ni el gran tropel de los ardientes

Caballos rompe la lealtad sumisa.

Alzan alegre voz todas las gentes,

Las subterráneas minas escucharon

Los ecos de clarines diferentes.

Timbales, y plateles resonaron

De música albanesa, que en Sicilia

Los valientes (1) de Alcántara ganaron.

Que así aplaude la hispánica familia

A su Princesa, que con real belleza

Los ánimos de todos se concilia.

Y ella en carroza de oriental riqueza

Va estimando finezas tan estrañas

Con tanta magestad, y tal grandeza

Cuanta infunde esperar de sus entrañas

Un magnífico príncipe heredero

De dos Mundos, dos Indias, dos Españas.

No es menor el aplauso verdadero

De la sociedad regia, que ha amparado

El que fue entre los carlos el Tercero.

Sacro Señor! habiendo pronunciado

Tan portentoso nombre ¿quién pudiera

No ser de humilde amor arrebatado?

El respeto perdone: la alta esfera

Restruena con aplausos repetidos

Del pueblo que por Numen os venera.

El Dios de los ejércitos, crecidos

Premios dé al zelo, y Religion constante,

Dignamente por ella merecidos.

Eche su bendicion, que al Orco espante

Sobre vuestras fortísimas legiones,

Y poderosa armada fulminante.

Y, ¡ó niñas inocentes! obablaciones

Al Cielo dirigid, por quien merece

Ser dueño universal de las naciones.

Agradecedle el premio que os ofrece;

Ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo

Hasta donde arrebató, y engrandece.

Ya veis por ella elogio á vuestro anhelo,

¿Sin ella cuándo fuerais en tal dia

Con versos levantadas hasta el Cielo?

No desmayéis, que ya la musa mia

Dulces epitalamios os empieza,

Pues sigue á tal afán casta alegría.

Ya no cantaré mas el aspezeza,

La rota fé, y ingratitude horrible

De una inconstante, y bárbara belleza:

Sino el valor, y aplicacion plausible

De vuestro pensamiento generoso,

Y vuestra educacion irreprehensible.

Dichoso el tiempo que aplicais, dichoso

Al que le deis la nunca ociosa mano

Con el nombre amantísimo de esposo.

Mayor felicidad al reino hispano

Dará vuestra labor, que la que pende

De la inestabilidad del Oceano.

Y pues la patria á vuestro premio atiende,

Trabajad, levantando al alto cielo

Súplica humilde, que los aires hiende.

Pedid que de esta patria el santo zelo

Se logre pronto, y que con pompa altiva

La paz afirme por el ancho suelo.

Sus armas triunfen, y que CARLOS viva.



- (1) Fuente Locaya, en la Alcarria junto á Pastrana.
(2) Arlas, riachuelo que entra en el Tajo.
(3) Caudillo de Madrid en tiempo de Moros. Esto alude á una embrola inventada por los forjadores de los falsos cronicones.
(4) Nucla, Nulla, lo mismo que Onofra. En la calle Mayor en el Portal de San Isidro por haber hecho el Santo allí un pozo, en los patales que acaban de derribarse.
(5) Alfonso VI ganó á Madrid por la puerta de Guadalajara, año de 1083.
(6) El Cid fué primer Alcaide de Madrid.
(7) En la Lonja que habia delante de la Iglesia de S. Salvador se celebraron Cortes.
(8) En la Casa de los Lujanes donde estuvo Francisco Primero.
(9) Casas de Ayuntamiento de la Villa.
(10) Por fundar á sobre pedernal.
(11) Marqués de Valdehijos, Director.
(12) Sr. D. José Antonio de Armona, Corregidor de Madrid.
(13) Señor D. Francisco Lorezana, Arzobispo de Toledo.
(14) Sr. Don Pedro Rodriguez Campománes.

- (1) El Regimiento de Caballería de Alcántara, á quien se agregó el de Bravante.

TRADICIONES ARAGONESAS.

LA CAMPANA DE VELILLA.

VELILLA de Ebro es uno de los cinco pueblos pertenecientes á la antigua Baronia de Quinto en el reino de Aragón, y está situado en la orilla septentrional de dicho río, nueve leguas mas abajo de la ciudad de Zaragoza. Tiene honores y título de villa, y consta de 280 vecinos ó 1132 habitantes, segun el Diccionario geográfico-estadístico de Miñano. A fines del siglo pasado no contaba, segun algunos, sino 60 vecinos, y si esto es cierto, y sino se equivoca por su parte el autor de que acabamos de hacer mencion, la poblacion de Velilla ha recibido un incremento notable durante el presente siglo. Su territorio es fértil en trigo, vino, fruta y hortaliza, y abunda en caza y ganado. Poblóse en lo antiguo de las ruinas de *Julia Celsa*, colonia que fue de romanos, y despues municipio de la ciudad de Zaragoza, y provincia tarraconense en la region de los ilergetes, si bien en cuanto al verdadero sitio que ocupó *Julia Celsa*, hay variedad de opiniones entre los historiadores y anticuarios, queriendo unos que existiese en el mismo valle donde hoy está Velilla, y otros en la altura del cerro inmediato, como parece mas probable. Yo, que no quiero disputas de ninguna especie, y menos en artículos de mero recreo, dejo al lector en la mas amplia libertad de decidirse por la opinion que mejor le acomode. El nombre de Velilla que ahora tiene la poblacion (ó Vililla, como se decia antes) es debido á los godos, segun la mayoría de los autores. El rey Don Pedro I de Aragón la conquistó de los moros en 1101, y habiéndola dado despues D. Juan II de Aragón y Navarra á Juan de Villalpando, mayordomo mayor y consejero suyo, fué gobernada por los descendientes de este, hasta que se incorporó al marquesado de Osera.—Vamos ahora á la famosa campana.

En lo alto del monte que arriba hemos mencionado, y en el mismo sitio donde segun la opinion mas razonable estuvo *Julia Celsa*, existe una iglesia ó ermita con la advocacion de S. Nicolás, obispo, patron de Velilla, siendo asimismo dicha iglesia la parroquia de la poblacion, situada en una llanura al pie del cerro. Su torre, hoy de ladrillo, consistia antes en tres pilares, en medio de los cuales estaban dos campanas descubiertas al aire, una grande y otra pequeña, á la parte del mediodia. La campana menor no ofrece nada de particular, aunque no falta quien diga que alguna vez se ha tañido por sí sola, lo mismo que su compañera; pero la que lo ha verificado en las repetidas ocasiones que veremos despues, la que da nombradía á Velilla, y la que por esa maravillosa virtud de tañerse á sí propia se llama la *campana del Milagro*, es la grande.

Tiene diez palmos de circunferencia, y su figura es un poco prolongada: el metal liso, claro y limpio, si bien suena como quebrada, merced á una hendidura que tiene en uno de sus lados. Vense en ella dos crucifijos en relieve, uno al oriente y otro al occidente, y á los lados de cada uno la imagen de la virgen y la de San Juan evangelista. Al mediodia y al norte tiene asimismo dos cruces, y en el circuito de toda ella, y en caracteres no fáciles de descifrarse, el siguiente verso, que se atribuye á la sibila Cuméa:

Christus Rex venit in pace, etc Deus homo factus est.

La tradicion supone que esta campana existía ya en tiempo de los godos, y que vino de allende los mares, arribando por las riberas del Ebro, hasta llegar á Velilla. El motivo que hay para suponerse uno y otro está fundado en la existencia de un retablo antiguo de pincel en la mencionada iglesia, y del cual habla el abad de Monte-Aragon D. Martin Carrillo en sus *Anales del mundo*, fol. 417, edicion de 1634: dicho retablo, segun el mencionado autor, que fue beneficiado de la espresada iglesia, se atribuía en su tiempo á la época de los godos, y en él se vé pintada una campana, y mucha gente arrodillada ante ella con gran devocion, *señal cierta de que ya en aquellos tiempos obraba maravillas*. Tambien se ven, añade el mismo, naves y barcos pintados, de lo cual se infiere el que la campana haya venido por mar, Ebro arriba. El traje y vestimenta de las figuras pintadas en el tal retablo son asimismo góticos, segun los autores, y forzoso será que lo sean, si la pintura lo es. Sea de esto lo que quiera, lo que no cabe duda es que la campana en cuestion es antiquísima, y de tiempo inmemorial en Velilla.

No son menos curiosas las opiniones que tanto el pueblo como diversos escritores formaron respecto á la causa oculta y misteriosa de tocarse la campana por sí misma, atribuyéndola unos á hechicería y arte mágica, otros á la circunstancia de haber sido fundada por algun perito astrónomo bajo la influencia de alguna constelacion ó signo celeste particular, otros á haber entrado en su fundicion una de las monedas en que Judas vendió á su maestro, otros á eusalmos producidos por las palabras del verso de la sibila Cuméa inscritas en la campana, y otros en fin á los inescrutables juicios de Dios, sin meterse en mas.

En medio de tan encontrados dictámenes, todos convenian en que sus toques eran pronóstico indubitable de alguna desgracia ó desventura, dado que no falta quien diga que en alguna ocasion ha profetizado sucesos favorables. Zurita, sin embargo, no parece muy inclinado á dar crédito á lo que de tal maravilla se decia en su tiempo, aunque no por eso lo niega rotundamente: el padre Mariana se sale del paso con aquella sabida fórmula suya de *yo no trato de la verdad que eso tiene, ni lo tomo á mi cargo*: Feijóo por último, con ser tan estrecho de manga en eso de admitir milagros, hace tambien como que se cae y se agarra en el de la campana en cuestion, pues habiendo dicho, así como al descuido, que la circunstancia de no tocarse en sus tiempos podia consistir en ser la gente menos crédula, añade sin embargo que los casos del año de 1601 y 1626 ofrecen un carácter de verdad sumamente persuasivo. Tan autorizado se hallaba en sus dias el rumor del prodigio, que el ilustrado Benedictino se vió precisado á rendirle este homenaje de veneracion y respeto. Poco se necesita sin embargo para conocer que el modo con que se esplican los tres mencionados autores, equivale á una negativa formal, aunque á la campana se le debe dar de todo ello un ardite, existiendo como existen tantos escritores que deponen de la verdad del hecho, y hasta informaciones jurídicas estendidas en toda regla, alguna de las cuales se ha dado nada menos que por nueve notarios públicos. Nosotros, que no somos aquí sino unos fieles compiladores de los dichos autores y notarios, creemos que el lector nos agradecerá la breve reseña, que haremos de todo lo mas notable que de la memorable campana se ha dicho.

(Se concluirá.)

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.